

LA PRUDENCIA

Introducción

Yo quisiera comenzar esta nueva serie de catequesis cuaresmales por radio con un pensamiento entresacado de una de las muchas cartas que recibí el año pasado, que me atestiguaban que muchos oyentes realmente vivieron una comunión profunda en la fe entre ellos y el obispo: "Hemos tenido la percepción clara de que la palabra de Dios nos llega siempre con novedad, pero quiere un esfuerzo no indiferente de búsqueda".

Entonces podemos invocar la ayuda de Dios en la oración: "Te damos gracias, Señor, porque en este año tu Palabra quiere llegarnos con novedad y con fuerza. Haz que seamos capaces del esfuerzo no indiferente de búsqueda, que comenzamos hoy".

Ante todo deseo explicar brevemente el tema que nos hemos propuesto: Las virtudes del cristiano que vigila. ¿Qué sentido tiene hablar de las virtudes? ¿Qué significa decir: las virtudes del cristiano que vigila?

"La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Ella permite a la persona, no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus energías sensibles y espirituales la persona virtuosa tiende al bien; lo busca y opta por él con acciones concretas" (Catecismo de la Iglesia católica, n. 1.803).

Con el término "virtud" entonces queremos indicar actitudes habituales, no ocasionales, que en su conjunto describen una imagen de hombre o de mujer reunidos por Jesús que actúan con eficacia en la historia.

Sería prolijo narrar la historia de este término, pero es interesante anotar que no aparece casi nunca en el Antiguo Testamento hebreo. La palabra virtud viene del mundo griego. En efecto, la encontramos en esos libros de la Biblia que fueron escritos en griego, como por ejemplo el libro de la Sabiduría: "Si uno ama la justicia, las virtudes son el fruto de sus fatigas. Ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza" (Sb 8, 7). Es la única vez que se mencionan las cuatro virtudes cardinales en las Sagradas Escrituras, y son virtudes que Platón y Aristóteles habían hecho celeberrimas porque indican una visión armónica de todas las cualidades humanas, la visión del hombre ideal, según la mentalidad filosófica de los griegos.

Nosotros reflexionaremos sobre las virtudes cardinales como actitudes fundamentales que definen un proyecto cristiano de hombre y de mujer; ellas, a partir, sobre todo, de San Ambrosio y luego de San Agustín y de Santo Tomás, delinearán a la persona que obra conforme al Evangelio. Pero, junto con estas cuatro virtudes que también se llaman humanas, consideraremos también las virtudes denominadas sobrenaturales, divinas: fe, esperanza y caridad. Todas las siete juntas nos dan la figura perfecta del hombre santificado por Jesucristo, del hombre plenamente redimido.

La expresión "virtudes del cristiano que vigila" recuerda, un poco extrínsecamente, el programa pastoral que se propone en la Carta Estoy a la Puerta, que se dedica a la vigilancia. Pero no se trata de un hecho ocasional. Nosotros consideramos esas siete virtudes propias del cristiano vigilante, porque la plenitud humana a la cual tienden es la que cada uno de nosotros alcanzará en la eternidad de Dios, en la resurrección de la carne, en la visión beatífica, donde nuestras capacidades tendrán una expansión completa.

Todas las virtudes que practicamos sobre la tierra son una tensión hacia la eternidad: aquí vigilamos en la espera de que el Señor nos colme de sus dones y comenzamos a vivir esas actitudes de fe, esperanza, caridad, de prudencia, justicia, fortaleza y templanza que representan el anticipo de la vida futura. Por eso, sobre la tierra, las virtudes están en camino, en progreso, en crecimiento hacia la plenitud de la visión beatífica y, cuando verificamos que están presentes en nosotros, nos advierten que nos hallamos en el camino acertado hacia la Patria Eterna.

Comprendemos entonces que una reflexión sobre las virtudes no nos ayuda simplemente a profundizar nuestro conocimiento catequético o teológico, sino que nos permite vivir mejor, comprometernos a ser mejores, más juntos, más verdaderos, porque nos apasionamos por el designio maravilloso que Dios tiene para nosotros, designio de expansión humana y divina.

No es una casualidad el que el Catecismo de la Iglesia Católica trate de las virtudes en la parte dedicada a "La vocación del hombre"; ellas deben apasionarnos y hacernos enamorar de esta vocación. "La finalidad de una vida virtuosa -escribe San Gregorio de Nisa- consiste en llegar a ser semejantes a Dios".

Tenemos otra ventaja al reflexionar sobre las virtudes. Ellas no solamente nos apasionan por el designio de Dios para nosotros, sino que nos ayudan a poner orden en nuestra vida, para aclarar lo que es el bien (virtudes) y lo que es el mal (vicio).

Las grandes actitudes de la vida según Cristo nos hacen distinguir -en la cotidianidad personal, familiar, social, eclesial- los comportamientos positivos de los negativos, nos hacen discernir lo mejor de lo mediocre (no sólo el bien del mal), lo auténtico de lo falso, de lo espurio, de lo genuino. La operación no siempre es fácil y es precisamente una buena doctrina acerca de las virtudes la que enseña a decir por ejemplo: estos jóvenes a quienes estamos educando están en un camino auténtico; o bien: estos muchachos no se portan bien y tenemos que cambiar el método.

La virtud de la prudencia

Al hablar de las virtudes como ayuda para el discernimiento, ya hemos entrado en la reflexión sobre la primera de las cuatro virtudes humanas fundamentales: la prudencia.

Para la lectura y la meditación propongo los siguientes pasajes bíblicos: Sb 7, 21-23; 9, 1-6.9-11; Mt 11, 25-27; 1 Co 2, 1-7.13-16; St 1, 5; 3, 13-17.

A la luz de estos textos, trataré de responder a tres preguntas.

1. ¿Qué es la prudencia?

En realidad, esta palabra no suena muy bien en el mundo actual. Prudencia para nosotros no significa ser precavidos en manejar el automóvil, observar las normas de tránsito, estar atentos a no comer y a no beber demasiado, etc. En la tradición griega y patristica, y en la bíblica donde se refleja con otros nombres, la prudencia significa mucho más.

Ante todo, evoca la sabiduría, es decir, la capacidad de ver a la luz de Dios los hechos y las acciones humanas a realizar. Leemos, por ejemplo, en el Libro de la Sabiduría: "Cuanto está oculto y cuanto se ve, todo lo conocí, porque el artífice de todo, la Sabiduría, me lo enseñó" (7, 21). Y en la Primera Carta a los Corintios, Pablo dice: "Hablarnos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo" (2, 6). Y también: "Si alguno de ustedes ve que le falta sabiduría, que se la pida a Dios, pues da con agrado a todos y sin hacerse rogar" (St 1, 5).

Prudencia es equivalente de sabiduría: saber comprender los acontecimientos y las opciones humanas que se han de realizar, a la luz del Señor.

Prudencia significa también discernimiento, capacidad de distinguir, entre las

acciones a programar, lo que lleva hacia Dios y lo que nos aparta de Él, lo que es según el Espíritu de Jesús y lo que es contra ese Espíritu.

"El hombre espiritual lo juzga todo" (1 Co 2, 1 S). El discernimiento propio de aquel que tiene el espíritu de la Sabiduría de Dios, distingue en los comportamientos aquellos que responden al Evangelio de aquellos que están lejos de Él.

Además, prudencia significa sentido de responsabilidad, es decir, obrar haciéndose cargo de las consecuencias de las propias acciones.

En fin, la prudencia (que la Biblia -repite- llama a menudo sabiduría) expresa, en la tradición bíblico- patrística, otro concepto que más tarde retomará Santo Tomás: el de decidir con realismo y de una manera concreta, el de no vacilar, de no tener miedo de actuar. ¡Es muy diferente de nuestro concepto de prudencia que invita a vacilar, a ser cautos!

Resumiendo: la prudencia, para la Biblia y la tradición, es sabiduría que contempla a la luz de Dios los eventos humanos, discernimiento que distingue entre lo que conduce hacia Dios y lo que aleja de Él; sentido de responsabilidad que se hace cargo de los efectos de las propias acciones; capacidad de decidir razonable y valientemente, sin temor a eventuales consecuencias negativas con prejuicio propio. En efecto, y lo veremos luego, la prudencia va unida a la fortaleza y a la valentía.

Entonces podremos incluso llamar la prudencia con un término familiar para nuestro camino pastoral: vigilancia, estado de vigilia del entendimiento que decide con sensatez, en forma concreta y valentía a cerca de las acciones a realizar para servir a Dios y vivir el Evangelio

2. ¿De dónde deriva la prudencia?

Si se entiende así, la virtud de la prudencia viene del Espíritu Santo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo, de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes", (es decir, a los prudentes según el mundo) "y se las has revelado a pequeños" (Mt 11, 25). Es el Espíritu Santo quien nos revela la prudencia cristiana. Quiero recordar a este propósito una oración hermosísima del cardenal J. H. Newnam para obtener el don de la prudencia o de la sabiduría: "¡Guíame!, ¡dulce Luz; a través de las tinieblas que me envuelven guíame Tú siempre más adelante! ¡Negra es la noche, lejana la casa: guíame Tú, siempre más adelante! ¡Sostén mis pasos: no quiero ver cosas lejanas!; me basta un paso a la vez. Así no he sido siempre ni siempre te lo he pedido para que Tú me conduzcas siempre más

adelante! ¡Guíame dulce Luz, guíame Tú, siempre más adelante!”.

La virtud de la prudencia viene también del ejercicio del discernimiento, de ejercitarnos en juzgar con objetividad según Dios. Doy un ejemplo: nosotros hoy estamos rodeados de los mass-media (radio, televisión, periódicos) y la prudencia es precisamente ese instinto que nos guía para encender o apagar la televisión, mirar o no mirar, leer o dejar de leer. Por consiguiente, nos ayuda a decidir de tal manera que no quedemos sofocados o enredados por los mass-media. Además, la prudencia nos enseña a no aceptarlo todo, a evaluar las noticias, a exigir las confrontaciones, las fuentes, a esperar las confirmaciones. En fin, nos guía en el juicio acertado.

Por último, la prudencia nos la da el Espíritu Santo y nos la da el ejercicio del discernimiento, viene también de cierto hábito del silencio, la calma, evitando apresurarnos en los juicios y en las acciones. Con frecuencia, sobre todo al hablar, somos muy imprudentes, muy poco sabios o sensatos -lo cual es contrario a la prudencia-, porque no tenemos un momento de silencio, de pausa, de reflexión antes de las palabras.

3. ¿Qué frutos genera la prudencia cristiana?

Desde cuando traté de explicar este tema, ya deberíamos intuir cuáles son los frutos que nacen de la prudencia cristiana. El que la vive, el que es sabio en el sentido evangélico, siempre está en paz consigo mismo, reconciliado con la realidad; no se hace ilusiones, no queda nunca desilusionado, porque sabe evaluar todas las cosas con realismo y de una manera concreta sabe prever y pensar antes de obrar.

La prudencia entonces genera sabiduría de vida, armonía, tranquilidad de ánimo y serenidad, orden, claridad, paz interior y nos hace capaces de mirar lo que es esencial.

Comunicar la Palabra

Propongo algunas preguntas para la reflexión.

- 1. Entre las siete virtudes que hemos mencionado, ¿cuál parece hoy más importante y por qué?*
- 2. Para mi vida personal, familiar, profesional, ¿qué virtudes considero más necesarias?*
- 3. ¿Cuáles son en nuestros días los defectos más notorios contra la prudencia al*

hablar, al pensar y al obrar? ¿A dónde nos ha llevado, por ejemplo, la imprudencia en la gestión de las realidades sociales, civiles, políticas? Y en cambio, ¿qué circunstancias favorecen la prudencia? ¿De qué manera podemos crecer en la prudencia?

4. ¿Cómo podemos vivir una ética de la vigilancia, la ética que indiqué en la carta pastoral Estoy a la Puerta (n. 22), donde afirmo que la vigilancia es precisamente la base del discernimiento?

Conclusión

Por último, invito a buscar los ejemplos de prudencia en la Sagrada Escritura, ejemplos de sabiduría y de discernimiento. Sugiero la figura de Pedro tal como está descrita en los capítulos 10 - 11 de los Hechos de los Apóstoles. Pedro, antes de bautizar al pagano Cornelio, realiza una opción difícil, porque tiene que entrar en la casa de un pagano (la ley no se lo permite), y luego se prepara a afrontar el juicio de quienes piensan de un modo diferente. Los capítulos 10 - 11 de los Hechos de los Apóstoles describen muy bien los diferentes momentos a través de los cuales Pedro llega a formularse un juicio prudencial y valiente acerca de lo que había que hacer y da el paso, se aleja de su casa, va en seguimiento de los soldados, surca el umbral de la casa del centurión, predica y bautiza. Él ha ejercido la virtud de la prudencia y del discernimiento escuchando al Espíritu Santo que lo inspira mediante una visión, observando la coincidencia de algunos hechos humanos y recordando algunos episodios de la vida de Jesús. Entonces, podremos también nosotros aprender a vivir la virtud de la prudencia.